

NOTAS Y COMENTARIOS

EL ÚLTIMO LIBRO DE J. P. SARTRE*

Las autobiografías, memorias y recuerdos corren siempre el peligro de presentar una imagen falseada del protagonista, quien tiende a confundir la realidad de su vida con la imagen que de ella él se traza o finge, de acuerdo a su amor propio, cuando no a los principios que configuran su concepción del hombre cuando las redacta. Somos siempre los menos indicados para exponer y menos para juzgar los actos y acontecimientos que configuran nuestra vida. Sólo con un gran poder de penetración y captación de la realidad y de las motivaciones más íntimas de nuestra conducta - difícil siempre de poseer, y más para el propio autor- y con una disposición moral de gran sinceridad -hija de la humildad- es posible superar, al menos hasta cierto grado, tales dificultades. Por eso los santos, si además poseen una inteligencia superior y una gran finura espiritual, están en las mejores condiciones para realizar tal empresa. Por eso también son tan raros, casi únicos, libros tan sinceros y objetivos, y a la vez tan apasionantes, como las *Confesiones* de S. Agustín.

En *Las Palabras* -su último libro- Sartre intenta realizar esa obra: buscar actitudes, acciones, acontecimientos y ambiente familiar de su infancia, la manera cómo se configura su vocación de escritor. Se trata de una autobiografía, que llega sólo a los umbrales de su adolescencia, elaborada en busca de los hilos que fueron tejiendo la trama del futuro escritor.

Pero la obra dista mucho de ajustarse a una narración y juicio objetivos de los hechos; está redactada bajo una concepción materialista y amoral de la vida, tal cual la profesa actualmente su autor, y con un cinismo y atropello tal de todo lo que constituye el mundo espiritual, específicamente humano, que, a más de deformar la realidad y valoración de su vida de niño provoca una natural repulsión. Se trata de una autobiografía en que se contemplan y juzgan los actos propios y ajenos a la luz de un materialismo nihilista y pesimista del Sartre actual. El autor ha mirado e interpretado sus primeros años a través de la lupa de su sistema.

Su vida y la de su madre y abuelos, con quienes convivió, según Sartre, constituía una comedia o ficción. Su actuación de niño es presentada como la de un actor que representa un papel -en el que no cree y en el que va perdiendo cada vez más su fe- alentado por el ambiente familiar y social -mezcla de cristiano y de burgués descreído- en que todos -actores también de un papel que representan sin creer- lo alientan y empujan a esta comedia. Entretanto, el niño Sartre vive, según lo juzga él ahora a los cincuenta años, una doble vida: la que le obligan a fingir y la que él va descubriendo y configurando dentro de sí mismo, y que no es otra que la configurada por su

filosofía actual.

El libro comprende dos momentos de su vida infantil, colocados bajo los títulos de: *Leer* y *Escribir*. *Leer* quiere significar la primera actitud, en que bajo la lectura de un sinnúmero de libros que el autor evoca y enumera, piensa y escribe plagiando el modo de pensar de los demás. *Escribir* quiere significar la conquista de su propia inspiración en la medida en que va conquistando su propia vida, su auténtica vida, de acuerdo a su propia concepción actual, en oposición a la vida de ficción o impuesta por los demás.

El libro comprende una serie de hechos, escenas y consideraciones -repetidos hasta la saciedad-, encuadrados en un plan sencillo. Se trata de descubrir en esos hechos y actos -tal como los contemplan los ojos de Sartre a los cincuenta- una doble vida: *ficticia*, la una, y *auténtica*, la otra. La primera, que se va esfumando; la segunda, que se va configurando más y más. Y a medida que Sartre se va deshaciendo de la primera y fortaleciéndose en la segunda, el escritor plagiario, que se adueña de las ideas y modos de pensar corrientes a los otros -*el escritora que lee*-, va dejando expedito el camino al escritor original -*al escritor que escribe*-, que expresa sus propias ideas y convicciones y se afina en su propia existencia.

Dentro de ese plan: el actor farsante, quiere decir para Sartre, es el que vive una vida humana, que cree en Dios y en los valores cristianos y que admite una moralidad válida para todos. Sartre ha vivido, según él narra, una vida y hogar de actitudes cristianas, en un ambiente burgués des cristianizado. En cuanto a su padre judío, perdido antes que lo conociera, en nada influye en él sino en su paternidad física. La vida resulta así contradictoria y el Cristianismo una máscara sin vigencia, que recubre una vida de costumbres más o menos cristianas, pero vivida realmente en una actitud agnóstica y burguesa. Los valores morales tampoco impregnan auténticamente la vida y aparecen como convencionales. Sin duda que puede haber mucho de verdad en tales observaciones. Tales casos no eran infrecuentes en la época de Sartre, y aun hoy tampoco lo son del todo. La desgracia de Sartre es haberse enfrentado con el Cristianismo a través de estas realizaciones falseadas del mismo, y haber juzgado a través de estas deformaciones y no en su verdadera y genuina fisonomía. Fácil tarea resulta a Sartre ridiculizar y burlarse de los dogmas sagrados del Cristianismo y de sus valores más puros, incluso del mismo Dios y, más concretamente aún del Espíritu Santo, a través de estos sucedáneos falseados. En cualquier caso no se justifica que un hombre que quiere ser filósofo haya tratado con tanta superficialidad y despreciado con tanta ligereza una doctrina y una moral que ha transformado al mundo devolviendo al hombre su dignidad y haciéndole vivir una vida enteramente superior sobre la tierra, y que ha forjado la cultura de Occidente. Para reírse de la santidad, Sartre la desfigura; para deshacerse rápidamente de Dios, Sartre la ridiculiza.

En el fondo, todas estas afirmaciones destructoras se fundan en el supuesto de que el hombre es sólo su cuerpo -su cuerpo “que está de más”, tal así como cree él *ahora* haberlo experimentado cuando niño-, cuerpo que en definitiva es *nada*. Porque el hombre, para Sartre, *no es*, es un *no-ser*, una pura posibilidad o libertad de ser, pero a la vez un “ser imposible” o irrealizable, precisamente porque *no es*. El hombre está solo, se ha deshecho de Dios y de todo valor espiritual. Sartre se compara a un viajero sin boleto que viaja en un tren de París a Dijon. Cuando era niño -en su vida ficticia- quería justificarse ante el guardatrén de la no tenencia de boleto; ahora, al final del libro, dice con amargura, continúa en ese mismo tren sin boleto -la existencia como pura temporalidad o como no-ser o libertad, que vana-mente se empeña en ser-, pero ya sin intentar justificar la ausencia de boleto, y que además sabe que “en Dijón nadie lo espera”.

En síntesis, el niño ha llegado a ser escritor por esta conquista de su auténtico ser como *nada*, tirando por la borda el doble lastre espiritual: su creencia en Dios y en el Cristianismo, y además todos los valores humanos, que se fundan y brotan del espíritu. Sin Dios y sin espíritu sólo queda su cuerpo roto por el *no-ser*, como pura libertad para alcanzar un *ser imposible* -porque si Dios no existe, no hay inteligencia que piense y constituya la esencia humana, dice en otra parte Sartre-, como un ser absurdo, embarcado en la existencia sin razón o justificativo de ser, abandonado a su propia suerte de nada y vida absurda, sin valor ni fin superior que realizar y sin ninguna norma moral consiguiente de valor absoluto a qué ajustarla. Y en esa concepción cree Sartre lograrse como escritor. Precisamente, dice al final de su libro, su diferencia con los demás hombres, como escritor, consiste en que él, además de *no-ser*, como ellos, está frente a ellos para recordarles esta descarnada y absurda realidad de su existencia o, más precisamente, esta nada absurda que ellos son con ansias de ser.

Como se ve, más que una biografía o narración de los hechos de su vida, Sartre se vale de su biografía para alcanzar una concepción del hombre, de acuerdo a su concepción existencialista actual.

Pero aun prescindiendo de su filosofía -que ningún filósofo ni hombre normal puede tomar en serio, por lo absurda y contradictoria que es y porque además conduciría al hombre a una vida de desamparo frente a sus pasiones y a los demás, peor que la de la selva, que al menos está regulada por los instintos-, el libro constituye una *verdadera estafa*, una verdadera trampa, porque se nos da una visión de la propia infancia y no como realmente ha sido, sino como la concibe y la quiere su autor de acuerdo a su actual concepción filosófica. No se da cuenta de una realidad como ha sido vivida sino de una interpretación existencialista y nihilista actual de la misma. La biografía es sólo un pretexto para poder expresar sus propias ideas y querer encontrar en su vida de niño -tal cual él la interpreta con sus ojos de cincuenta años- la fundamentación de su filosofía y de su vocación de

escritor opuesto a toda realidad y valor espirituales.

Porque, en última instancia, ésa es la trama del libro: a propósito de hechos de su vida de niño, convenientemente elegidos e interpretados como ahora le place al autor, Sartre formula un verdadero *alegato contra Dios, contra el Cristianismo, contra toda realidad y valor espiritual y sus exigencias morales, contra todo lo específicamente humano*, para reducir al hombre a un puro “cuerpo, que está de más”, y, en definitiva, a una nada que anonada el único ser que es el cuerpo, a “*un ser que no es lo que es y es lo que no es*”, a un ser que es en sí mismo *mentira*, posibilidad o libertad que en vano se empeña por llegar a ser en un *esfuerzo imposible*, en otros términos, “*una pasión inútil*”. Por lo demás, las continuas referencias a lo obsceno, la deformación y consiguiente fácil ridiculización de la virtud y de la santidad, el trastrueque y nivelación del bien y del mal, quieren infundir en el lector desprevenido la impresión del carácter amoral de la vida humana, y dejarle la convicción de que la existencia sólo es un esfuerzo imposible por ser, abandonado a sí mismo, sin nada por encima ni debajo de ella, que pueda darle sentido o valorarla.

No nos hubiéramos detenido a dar cuenta de una obra, filosóficamente tan deleznable, si no supiéramos la amplia difusión que ella tendrá en nuestro ambiente, donde mucha gente, que no aceptaría tan inhumanos principios ni modo de vida para sí ni para su familia y la sociedad en que habitan, lee a Sartre por sus valores literarios y, en todo caso, por ser un autor de moda. Su lectura - sobre todo para los jóvenes de ambos sexos, sus más asiduos frequentadores- constituye un verdadero peligro, más por tratarse de una biografía, en la que la filosofía no está explícitamente sustentada, y el veneno del materialismo amoral y existencialista se va dando por dosis pequeñas, sin que el desprevenido lector se percate de ellas.

Por lo demás, los valores literarios, que no negamos a Sartre en otras obras, no llegan a ser sobresalientes en la presente; por el contrario, las repeticiones de hechos y de interpretaciones llegan a engendrar el cansancio y exigen no poco esfuerzo para llegar a su término. En fin, es un libro al cual se puede aplicar la frase de Cristo: “Más le valiera no haber nacido”.

OCTAVIO NICOLÁS DERISI

* JEAN PAUL SARTRE, *Las Palabras*, traducción de Manuel Lamana, Losada, Buenos Aires, 1964, págs.